

1.
Una tortura azul. Azul y con ruedas. El paisaje del otro lado de la ventanilla parece ser Cuba, pero no. (A una escuelita en medio de la nada campestre le han pintado por fuera ESCUELA RURAL, para que quede bien claro.) Es un paisaje mental. Regiones depresivas. Regiones desoladas. Intento leer un libro sobre Gombrowicz. Hay diálogos. A propósito de la prosa del polaco, interviene un Pepe Bianco convertido en personaje: "Habría que buscar en algunos textos políticos de los marxistas rusos, o mejor, de los trotskistas (textos en los que no existe el acendrado prurito de la literatura; textos excesivos, en los cuales no se escatiman epítetos y giros más o menos ingeniosos, puestos allí en tanto su eficacia estigmatizante los hace inimpugnables), para ubicar un símil de su estilo en otro registro. Expresiones como las de Lenin: *el cerdo renegado Kautsky parece que cuando piensa mastica esponja dormido*, o las diatribas inmisericordes, fluctuantes entre el kitsch y el dogma paródico, que blanden la injuria de un modo..."

No entiendo nada, por supuesto. Estoy en una Yutong.

2.
Regresar esta vez a La Habana es regresar a lecturas políticas y lecturas pendientes. *Moby Dick*, esa transfusión de sangre. Algunos dicen que es la gran novela americana. Pero hay otros que dicen (y yo les creo) que la gran novela americana la escribió un ruso y se llama *Lolita*. El ruso que dijo una vez a *The Paris Review*: "Me hubiera gustado vivir en Nueva York durante la década de 1930. Si en ese entonces se hubieran traducido mis novelas, hubieran provocado un shock y hubieran dado una lección a los entusiastas pro soviéticos".

3.
Regresar esta vez a La Habana es regresar, también, al desorbitado paisaje mental que es la isla de *Lost*. Y a cierta novela desorbitada que estoy y no estoy escribiendo, que puedo y no puedo escribir. Digamos, aproximadamente, que sigo perdido en la traducción. Y en La Habana, capital de fantasmas. Quizás haya que esperar la próxima década, pienso. Nos vemos en el futuro.

4.
Dejo de mirar por la ventanilla. El asiento a mi lado ya no está vacío: lo ocupa una figura envuelta en sombras que no son de este viaje. Es un hombre. Le pregunto quién es. Él responde: *Yo soy Providence*. De pronto lo reconozco y de pronto se me ocurre fabricar una línea fácil: "El escritor que cayó del cielo". Recuerdo que vivió en Nueva York, y no le gustó. En carta a su amigo Frank Belknap Long, escribió que "es imposible referirse con calma a la ciudad de Nueva York. La ciudad está sucia y maldita: vengo de ella con la sensación de haberme manchado con su contacto, y ansío algún detergente de olvido que me limpie del todo. ¡Cómo, en nombre del cielo, los sensibles y dignos hombres blancos pueden seguir viviendo en ese potaje de inmundicia asiática en que se ha convertido la región –con señales y vestigios de plagas de langosta por todas partes–, es algo que escapa absolutamente a mi comprensión!" De modo que este escritor regresó huyendo a la Nueva Inglaterra profunda, la Nueva Inglaterra colonial que tanto quiso, y murió en su ciudad natal, capital del diminuto estado de Rhode Island. Se llamaba Howard Phillips Lovecraft, pero en su tumba sólo hay una columna que dice: YO SOY PROVIDENCE.

5.
El 2007, pienso. Los 70 años que lleva muerto Lovecraft, y lo vivo que ha estado desde que murió hace 70 años. Escribió mal, el viejo pulpo excéntrico y fascistoide, pero escribió lejos, y la sombra de sus tentáculos es alargada. El imposible diálogo entre nosotros no va a tener lugar, al menos no en esta guagua, pero quiero recordar con cariño al triste, solitario y outsider, fanático de la astronomía, la antigüedad y las pulp magazines, que creó y dispersó por todas partes lectores fanáticos a una literatura mitómana y demencial.

Recordar su trabajo para la UAPA o United Amateur Press Association, donde publicó sus primeros cuentos y ensayos y poemas mientras distribuía su propia revista –*The Conservative*– y se hacía de un espacio en el mundo del periodismo independiente anterior a Internet y los blogs y los e-zines. Recordar que uno de sus cuentos de terror fue rechazado por *Weird Tales* –una revista

de terror– porque era "demasiado terrorífico".

Recordar al árabe loco Abdul Alhazred y a ese libro que es puro terrorismo y que lleva por título *Necronomicon* y que hasta tuvo su intervención cubana –su máxima descompresión– en una novelita cinematográfica de Eduardo del Llano. Recordar que el día que cumplió 21 años, H. P. Lovecraft se subió a un tranvía y estuvo haciendo el recorrido de un extremo a otro por toda la ciudad hasta que cesó el servicio. Ojalá que ese día, el fugitivo *freak* que había en él encontrara lo que estaba buscando.

Y ojalá que algún día de su vida haya encontrado ese detergente de olvido que lo limpiara de todo. Millones de lectores, estoy seguro, aún se lo desean.

6.
Vuelvo a estar solo. La Yutong continúa rodando, un recorrido rural que parece no tener fin. Aunque sea Cuba, el paisaje que veo es otra cosa. Gigantescos bloques de piedra empiezan a dibujarse en el horizonte. Una línea discontinua de kilómetros y toneladas.

Hay quien dice que la gran novela china todavía se está escribiendo, pieza por pieza y fragmento a fragmento. Pero yo soy de los que creen que la gran novela china ya se escribió, y la escribió un checo.

Recuerdo ahora a un personaje de Kafka: "Estos fragmentos de muralla abandonados en regiones desoladas podían ser destruidos con facilidad, una y otra vez, por los nómadas, sobre todo porque esas tribus, atemorizadas por los trabajos de construcción, cambiaban de residencia con asombrosa rapidez, como langostas, por lo que probablemente tenían mejor visión de conjunto de los progresos de la obra que nosotros mismos, sus constructores".

Jorge Enrique Lage
La Habana · 79

La Gran Guagua china

寅申寅辰

jorge.enrique.lage